

Victoria French París
Sagrado Corazón (Denia)
COMUNIDAD VALENCIANA



Sentada en el suelo del desván, entre polvorientas cajas de trastos inútiles y olvidados, aquella caja de música brillaba con luz propia. Con la luz que entraba por la barandilla, sus tapas nacaradas destelleaban con tonos de ensueño, y sus texturas onduladas te hacían perderte entre capa y capa de nácar.

Mirando las motas de polvo suspendidas en el aire me debatía entre abrirla o no.

Sin apenas consciencia de mi misma, mis manos se movieron, ágiles y desenterraron aquella maravilla perdida de capas de polvo y olvido. Con una ligera presión desde las yemas de mis dedos, acerté a abrir el cierre dorado que guardaba los secretos de aquella caja de pandora. Desde el interior, algo despedía destellos, que me nublaron la visión por un momento, y que provenían de un collar al fondo de la caja. Cogiendo el collar entre mis dedos, jugando con las perladas cuentas, casi me pareció adivinar el perfil escondido de un secreto jamás contado dentro de cada perla.

Dejando el collar en su tapizado cojín, me predispuse a tocar lo más intrigante de toda la caja : Una bailarina, cuidadosamente tallada en marfil que parecía estar agarrada por un viejo soporte.

Advertí a su lado una palanca cobriza, más bien una manivela, perdida entre manchas de óxido.

Aferrándola con dos dedos, la hice girar sobre si misma y al oír un mecanismo deduje que aquel objeto era una caja de música. Le di más cuerda a la palanca y para cuando la solté, sonaron las primeras notas, querasgaron el aire. Apoyé las manos en el frío suelo de madera del desván, cerrando los ojos, dejándome llenar los oídos de aquellas notas vibrantes que parecían sucederse unas a otras de manera mágica, como si la naturaleza las hubiera creado para seguirse unas a otras y colarse en el laberinto de mis recuerdos. Poco a poco, empecé a notar que cada acorde se llevaba un poco de mi conciencia.

Para cuando llegaron las últimas notas solitarias, hacía tiempo que yo había dejado este mundo.

Mientras notaba cómo caía por las angulosas cascadas del sueño, percibí adormecida notas discordes y afiladas, raspándome los antebrazos, como queriendo saber el jugo dorado de mis venas.

De repente, un borrón en las profundidades de mis ojos y un olor a felicidad en el aire.

Una calle gris, bajo un cielo gris, con gente gris caminando en ella. No hay contornos nítidos, solo cuerpos moviéndose bajo la débil luz de un neón y la música.

Las mismas notas, los mismos acordes, la misma melodía resonando, pero nadie más parece oírla.

Nadie pregunta, nadie se cuestiona que es esa música que sueña y que me ha hecho pararme.

La gente gris camina hacia sus grises casas o su triste rutina.

Tan sólo percibo que se destiñen los colores de mi visión por los lados, dejándome desamparada, saltando de compás en compás, en esa melodía que parece no acabar nunca.

Pero, justo antes de perderme en el negro de la inconsciencia llego a advertir, o quizá sea solo el desvarío de mi mente adormilada, unos ojos ambar, mirandome profunda e inquisitivamente desde el tumulto de la calle.

Entonces, como quien cae en aguas gélidas, me despierto en el suelo de madera oscura del desván, con la caja de música abrazada, pegada a mi pecho. Pero ahora, dentro, hay una nota.

Escrito con caligrafía curva, en un grueso papel, están escritos una hora y un lugar.

Toco suavemente el papel con mis dedos, lo huelo. Huele a recuerdos. "Banco viejo del parque, junto al puente 18:00h".

Me despierto de las fantasías de mi cabeza, que se empeñan en reproducir retazos del frenético sueño.

Entonces lo siento dentro de mí, certeza, seguridad. Era un recuerdo. Un recuerdo nítido y fresco en mi memoria, que me había sido arrebatado.

Observando otra vez la nota, advierto la luz anaranjada que ya se cuelga por la barandilla, alargando las sombras de las cajas y mi incertidumbre. Pero es algo muy distinto lo que acaba de juntar los retazos perdidos de mi convicción. Otro recuerdo.

El recuerdo de nuestras manos entrelazadas.

Se que en otro tiempo hubiera sido "nuestras".

Pero mi cerebro y lo que me quedaba de racionalidad me impedían saber el dueño de la otra mano, la que completaba el recuerdo.

La que me completaba a mí.

Atando los hilos de mi valentía hasta formar un nudo, decidida, me levanté.

Bajé las escaleras y subí mi seguridad.

Salí por la puerta y entré en mi futuro.

Bajo las sombras que proyectaban las hojas del sauce, cualquier objeto habría parecido mágico.

Hasta el gastado banco que tenía ante mi.

Con una silueta esbelta y definida, la madera vieja que lo formaba parecía haber sido doblada de un modo antinatural para que se ciñera a la estructura de metal negro que lo mantenía en pie.

Las sombras y la luz violácea de los últimos rayos del sol trazaban caprichosos estampados en sus listones.

Sentándome con cautela, aprecié los distintos trazos fluidos que el viento iba tejiendo en el río.

Sobre este se erguía el puente, majestuoso, con sus desconchados y astillas, presidiendo la vista con el poder de un emperador venido a menos.

Mientras miraba, atónita, los esbozos que la luz malva trazaba en la hierba, noté el banco ceder y crujir ante el peso de otra persona.

Sobresaltada, giré sobre mi misma para distinguir esos ojos del color de un amanecer clavarse en los míos.

Pronto pude poner cara y cuerpo al dueño de los ojos y las manos de mi sueño.

Con la noche peinada en las sienes, el calor del sol en sus ojos y la dulzura del verano tirando de sus comisuras, me miraba como no me había mirado en años.

al posar su tibia mano sobre la mía, millones de retazos de miles de mis propios recuerdos pasaban ante mis ojos.

Instantes, minutos, horas, días, fines de semana, meses, veranos, años, mi vida.

Con una infinita mirada de tristeza, llegué a observar como la dorada vidriera de sus ojos se empañaba y se rompía, dejando caer los cristales rotos de sus iris en forma de lágrimas plateadas.

-Te he estado esperando mucho tiempo. - Sus labios se movían como las olas del mar.

-Demasiado - acerté a decir.

Y, sin saber cómo ni porqué, sentí que todo el calor y el fuego dorado de su mirada llegó a derretir la barrera de hielo que me impedía sentir todo lo que había olvidado.